

ACTO ACADÉMICO

**Palabras pronunciadas por el Padrino
Dr. D. Alvaro d'Ors, Profesor Ordinario
de la Facultad de Derecho, en elogio
del Graduando Dr. Guilherme Braga da
Cruz.**

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

Si es siempre un alto honor el presentar a un nuevo miembro en un claustro académico, mucho más grato es, y más emotivo, cuando el nuevo doctor nos está unido por lazos de antigua y probada amistad.

Aquí tenéis a un ilustre profesor de la gloriosa Universidad de Coimbra, pero también a un varón adornado por las más preciosas galas de humanidad; una figura distinguida de la noble nación portuguesa, a quien ésta nuestra Universidad de Navarra puede contar como fiel y prestigioso amigo, del mismo modo que lo ha sido muchos años de este su humilde parainfo de hoy, el cual se encuentra abrumado ahora, no sólo por el inmerecido honor que le incumbe, sino por la dificultad con que tropieza de contraer a un reducidísimo discurso el copioso elogio que tan alta personalidad mereciera.

El doctor Braga da Cruz procede de una hidalga familia de la pródiga tierra bracarense. Su abuelo paterno, don José Antonio da Cruz, se distinguió ya en el servicio honroso de la docencia, y su abuelo materno, el Doctor Francisco José de Sousa Gomes fue catedrático de Química en Coimbra, donde ejerció, a la vez que una enseñanza digna de todo encomio, el testimonio de una admirable fortaleza cristiana, en años de impía confusión: en torno a él se congregaron los valientes estudiantes que fundaron en 1901 el grupo católico de la CADC. El padre de nuestro doctor, al que muchas veces hemos tenido ocasión de contemplar, siempre firme y de ánimo joven, en la señorial mansión rústica de Tadim, encarna del modo más cumplido la imagen ideal del patriarca ejemplar. Invitado a causa de su brillante reválida, como es costumbre conimbricense, a seguir la carrera docente en la misma Facultad de Derecho, optó sin embargo, llevado sin duda de su consciente patriotismo, a tomar parte activa en la vida política en calidad de abogado; él fue quien consiguió restituir a la Archidiócesis bracarense la propiedad del

Seminario, que había sido confiscada por el gobierno republicano de 1910; posteriormente ocupó con reconocida responsabilidad la magistratura del Tribunal de Cuentas. Pedimos a Dios le dé muchos años para participar en el esplendor de su familia.

Todas las virtudes de sus antepasados, acrisoladas por la tradición familiar, florecen hoy en la digna figura de Guilherme Braga da Cruz. Cursados los estudios primarios y secundarios en su tierra natal, y la licenciatura de Derecho en Coimbra, amplió estudios en París, en 1938-39, y se trasladó a Madrid, en el siguiente curso, para investigar en el Archivo Histórico Nacional. Doctorado en 1941, siguió brillantemente los grados de la docencia, conforme a la severa praxis de Coimbra, hasta alcanzar la cátedra de Historia del Derecho en 1948. Los historiadores que tomen por tema de estudio la Universidad de Coimbra de esos años deberán contar muy principalmente con la presencia de nuestro doctor. Decano de la Facultad de Derecho de 1958 a 1961, fue nombrado Rector en este último año: rectorado breve, pues un año y medio después un claro sentido de congruencia consigo mismo y de lealtad con el ministro que lo había nombrado le hizo renunciar dignamente al cargo; pero un rectorado muy fecundo, por cuanto en él se imprimió un nuevo rumbo a la vida universitaria, se iniciaron los cursos de vacaciones en Angola y Mozambique, se establecieron los Estudios Generales de Luanda y Lorenzo Márquez, y se constituyó la nueva gran Biblioteca Universitaria de Coimbra.

Excedería evidentemente de los límites de este discurso el reseñar, ni aun con criterio muy restrictivo, la obra de nuestro doctor, y poner de relieve sus aportaciones a la Historia del Derecho, empezando por su importante tesis sobre la troncalidad, de las que puede reconocerse legítimamente orgulloso su ilustre y sabio maestro el Doctor Paulo Merêa; luego, su contribución al nuevo Código Civil Portugués, recientemente promulgado, en la parte sobre todo del régimen patrimonial del matrimonio; en fin, sus publicaciones sobre temas varios, como la concepción cristiana del trabajo, la defensa de la familia, la universidad, así como una larga serie de discursos del oficio académico. Esta obra siempre bien hecha le ha merecido el doctorado honoris causa en la Universidad de São Paulo, hace tres años, y ahora éste en la de Navarra, también el sillón de varias academias y muchas condecoraciones nacionales y extranjeras.

Pero la dedicación a la ciencia y a la universidad no ha impedido que Guilherme Braga da Cruz haya sabido responder con generosidad y sacrificio a las llamadas exigentes de su Patria. Procurador en la Cámara Corporativa, de 1953 a 1962, y vicepresidente de la misma en tres legislaturas, intervino con espíritu de responsabilidad en muchos debates y, sobre todo, tuvo un brillante papel, coronado por el éxito de la Justicia, al defender ante el Tribunal internacional de La Haya el derecho de Portugal (luego violado por la fuerza) al acceso de sus territorios enclavados en la India.

Este es el Doctor Braga da Cruz, un hombre que sabe llevar con serena humildad todos los honores merecidamente alcanzados, un padre que ha sabido mantener en su muy numerosa familia la fidelidad a la tradición de una estirpe de hidalgos, un ciudadano que hace honor a su esforzada Patria y nos honra también al incorporarse como doctor honoris causa en nuestro claustro académico, el varón, en fin, de vida congruente y recta cuyo público elogio me atrevería a hacer evocando el Salmo: «Os justi meditabitur sapientiam et lingua ejus loquetur judicium: lex Dei ejus in corde ipsius».

DISCURSO DEL DR. GUILHERME BRAGA DA CRUZ

Excmo. y Rvdmo. Gran Canciller de la Universidad de Navarra.
Excmos. señores.

Rector Magnífico e Ilustre Claustro Académico.

Señoras y señores:

Dicen unos antiguos Estatutos de la Universidad de Coimbra —viejos de casi doscientos años— que «el grado de doctor es el último y el mayor honor al que pretenden llegar los que estudian en las Universidades».

Ese «último y mayor honor» yo lo busqué deliberadamente en la Escuela a la que pertenezco, en mí ya lejana juventud, con la plena conciencia de quien busca no una «consagración» para más fácilmente abrir camino en la vida, sino una especie de «investidura de armas», como a la manera medieval —o no fuera la Universidad una creación de la Edad Media— para comprometer la vida en el grande y sublime ideal que es el servicio a la Institución universitaria y a los valores que ella simboliza y representa.

Han pasado veinticinco años desde entonces; hoy estoy aquí por vuestra benevolencia y generosidad, para recibir de nuevo ese «último y mayor honor» que es el grado de doctor por una Universidad. Contrariamente a lo que ocurrió entonces, no he ambicionado ni buscado este honor; antes bien, recibí con sorpresa y perplejidad la noticia de que habíais querido concedérmelo; en cambio, entro hoy en este aula exactamente con el mismo estado de ánimo con que hace veinticinco años franquéé los umbrales de la **Sala dos Capelos** para recibir el grado de doctor por mi Escuela: con la serena humildad de quien viene no a recoger laureles de triunfos pasados, sino simplemente a sellar un voto y asumir un compromiso, que no tienen por qué ser distintos de los de entonces y a los que el transcurso de los años y la madurez de la edad imprimen ahora un mayor grado de reflexión y firmeza.

Cuando miro hacia atrás y examino en conciencia si he cumplido el voto que hice y el compromiso que asumí hace veinticinco años —el voto y el compromiso de servir a la Universidad y a los valores culturales que ella encarna— no son pocas las dudas y las incertidumbres que asaltan mi espíritu, ya que los caminos recorridos, incluso por fidelidad a ese compromiso, han sido muy distin-

tos de los que idealicé y pensé debían ser los rectos caminos de mi vocación universitaria.

A Dios competirá juzgarme. Pero hay en medio de todas las dudas una certeza que me tranquiliza y que en este ya largo peregrinar de mi vida me anima a proseguir con redoblado entusiasmo y confianza: la certeza de que vale la pena luchar por una Universidad mejor, por una Universidad diferente de aquella que heredamos de la generación pasada y en que formamos nuestro espíritu; la certeza de que no luchamos por un mito cuando proclamamos la necesidad de una Universidad más libre, más independiente, más responsable, más equilibrada en su triple función formativa, técnica y científica, más adaptada a las exigencias de la sociedad moderna y, al mismo tiempo, más fiel a los valores culturales a cuya sombra nació y se hizo grande.

Esa certeza me viene del cuadro que tengo hoy delante de los ojos: con esta maravillosa realidad que es vuestra joven y ya tan prestigiosa Universidad de Navarra, que alguien calificó, con razón, como «una página admirable de la Historia contemporánea» y como «la más seria empresa educativa promovida en España desde hace muchos años».

Habéis levantado aquí, por vuestro esfuerzo y en un espacio de tiempo tan corto que sorprende a los espíritus más arrojados, una obra que es un ejemplo para el mundo y que tiene el valor de un símbolo; una obra que es un padrón de cuanto puede la voluntad del hombre apoyada en la confianza en Dios, cuando se dispone a quebrar la rutina y a sobrepasar los prejuicios para transformar en «ser» aquello que, de antemano, se sabe «debe ser».

Esta pujante y vigorosa Institución que es vuestra Universidad de Navarra, corresponde —bien lo sabéis vosotros— al tipo ideal de la Universidad por cuya realización he luchado, en la medida de mis fuerzas, en la cátedra y fuera de ella, por la palabra y por la acción. Tal vez por esto habéis querido darme esta inmensa alegría de hacerme desde hoy uno de los vuestros, colmándome con un honor que nunca he podido esperar y que sé estoy lejos de merecer, pero que me conforta como ningún otro en esta fase de mi vida, por el conjunto de certezas que me traen y por los propósitos que me permite reafirmar.

No hace falta decir que os estoy muy agradecido, porque ya lo sabéis. Quisisteis darme, con el grado de doctor por la Facultad de Derecho el «último y mayor honor» que me podíais dar, en el decir expresivo de aquellos viejos Estatutos de mi Escuela, sellando con una especie de «confirmación» el bautismo universitario que recibí en Coimbra hace veinticinco años. Es distinto el escenario; diferente el ambiente; es otro el claustro universitario delante del que me encuentro; mas, felizmente, no tiene que ser distinta la promesa que me cumple haceros y en la que va el único agradecimiento que verdaderamente os puedo dirigir: servir la Universidad, servir el ideal que simboliza; servir la gran causa humana y divina para la que fue creada y en la que reside todo el secreto

de su gloria pasada y del éxito de su misión futura, proseguir, continuar. (Traducido del portugués)

Palabras pronunciadas por el Padrino Dr. D. Pedro Lombardía, Profesor Ordinario de la Facultad de Derecho Canónico, en elogio del Graduando Dr. Willy Onclin.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

Lo que yo debo decir en elogio del Prof. Willy Onclin, ratificando en el marco de este solemne acto académico una petición que elevó a Vucencia en su día el Consejo de la Facultad de Derecho Canónico, os es ya bien conocido por el cauce, más vivo y menos retórico, de la amistad.

Mons. Willy Onclin es, ante todo, un estudioso del Derecho de la Iglesia, al que ha contribuido con su esfuerzo de investigador. Desde el año 1938 en que publicó su monografía «De territoriali vel personali legis indole» sigue acrecentando el acervo de la ciencia canónica con continuos trabajos llenos de interés. La organización de los poderes en la Iglesia, las donaciones *ad causas pias* hechas por acatólicos, la contribución del Decreto de Graciano y de los decretistas a la solución de los conflictos de leyes, la naturaleza de los derechos subjetivos en la Iglesia, el derecho de asociación, la edad requerida para el matrimonio en la doctrina canónica medieval o el actualísimo tema de la colegialidad episcopal, son problemas que han encontrado en sus estudios científicos y en sus comunicaciones a Congresos internacionales, nuevos planteamientos y soluciones.

La investigación ha proporcionado una sólida base a su magisterio. Mons. Willy Onclin, con su labor de profesor, ha contribuido de manera decisiva al prestigio de la enseñanza del Derecho Canónico en la Universidad de Lovaina.

Maestro preclaro de la Ciencia canónica, el Prof. Willy Onclin viene prestando con su saber destacados servicios a la Iglesia en empresas de transcendencia universal. El mundo entero ha seguido con gran interés, a través de los medios de comunicación social, el desarrollo del Concilio Vaticano II y millones de católicos enriquecen ahora sus espíritus con la lectura y meditación de los documentos conciliares; pero muy pocos saben de las jornadas agotadoras de los peritos que con su trabajo de estudiosos proporcionaron los elementos técnicos imprescindibles, para que la Iglesia reunida en Concilio, con la asistencia del Espíritu Santo, pudiera proyectar sobre el mundo la luz de su Magisterio. Hoy los manuales escolares repiten los nombres de los teólogos y canonistas de Trento. Cuando pasen los años, a los alumnos de las Facultades que estudien la génesis de los documentos del Vaticano II, será familiar el nombre de Willy Onclin.

Su Santidad Paulo VI, el Pontífice Romano a quien la Providen-

cia tiene confiada la misión de encauzar y ordenar, con normas jurídicas nuevas, las energías vitales y el afán pastoral del Vaticano II, ha visto en el Prof. Willy Onclin al jurista que puede prestar una decisiva contribución a esta tarea desde su importante cargo en la Comisión Pontificia para la revisión del Código de Derecho Canónico. En el desempeño de esta misión, trascendental para el futuro del Derecho de la Iglesia, el Prof. Willy Onclin está poniendo a contribución sus cualidades de canonista eximio, trabajador abnegado y eficaz e intelectual abierto a todas las opiniones, atento a utilizar cuanto pueda resultar útil y valioso.

El Prof. Willy Onclin honrará al Claustro de la Universidad de Navarra, si Vucencia se digna agregarlo a nuestra Facultad, para que con su ejemplo de canonista y con el aliento de su amistad, impulse los esfuerzos de cuantos al calor de esta «Alma mater» procuramos, en la medida de nuestras fuerzas, ser dignos continuadores de las tradiciones universitarias de la Ciencia canónica.

DISCURSO DEL DR. WILLY ONCLIN

Monseñor Gran Canciller de la Universidad de Navarra, señores miembros del Consejo Superior de la Universidad, Monseñores, señores Profesores, señoras, señores:

Ante todo quiero expresar a Monseñor el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, al Consejo Superior, al Rector Magnífico y a la Facultad de Derecho Canónico de esta Universidad mi más viva gratitud por el insigne honor que se me confiere en este día.

La carta por medio de la cual el Rector Magnífico me daba cuenta de que la Facultad de Derecho Canónico, con el asentimiento del Consejo Superior de la Universidad, me proponía el título de Doctor Honoris Causa de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra, me dejó confundido y embarazado, pero igualmente feliz y orgulloso.

Consciente de que los servicios que yo haya podido prestar a la ciencia canónica no podían valerme tal honor, pero deseoso de pertenecer a esta ilustre Universidad, he buscado las razones que pueden explicar la elección de la Facultad. Y me he dado cuenta que el título que aquí me acabáis de conferir, se dirige al representante de la Universidad Católica de Lovaina, y a este representante que ha tenido el privilegio y la dicha de conocer más de cerca a Monseñor el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, y que se honra con la amistad de Monseñor Escrivá de Balaguer y de varios de sus colaboradores en la gran obra, de la que él es fundador y que dirige con la clarividencia y la sabiduría que por sí solas justifican la grandeza del Canciller.

Vuestra Universidad ha querido sin duda testimoniar su simpatía y rendir homenaje a la vieja Universidad católica de los Países Bajos, hoy Universidad Católica de Bélgica, y para honrar a Lovaina ha querido conferir el Doctorado Honoris Causa al Profesor Decano de la Facultad de Derecho Canónico de esta Universidad,

Facultad que desde la fundación de esta Universidad en 1425, fue la primera en título; la Facultad de Teología, como a menudo sucede, no fue establecida sino varios años más tarde. Y vuestra Universidad ha querido honrar a la de Lovaina porque estas dos Universidades se encuentran estrechamente unidas por el ideal común que persiguen.

Habiendo sido escogido para hacer posible este homenaje, estoy feliz y orgulloso, porque admiro el alto valor científico y humano de la Universidad de Navarra. En la vorágine de las ideas nuevas, constituye un centro del sano pensamiento humano y un bastión de la fe católica. Joven todavía, pero ya gloriosamente espléndida, ya que por su gran actividad **brevi explevit tempora multa**, es un hogar de ciencia y de cultura humanística, una viva apología del pensamiento católico, un centro de ciencias divinas y humanas, donde vive y actúa un espíritu a la vez prudente y atrevido, fiel a la tradición y abierto a los problemas de hoy, examinándolos con la serenidad de una fe segura en ella misma, y aplicándose a resolverlos con la preocupación de la probidad científica y la sabiduría que le inspira la certeza de que la búsqueda de la verdad no puede sino hacer a los hombres mejores, elevarlos y, por ello, acercarlos a Dios.

Soy también dichoso por haber sido recibido por la Facultad de Derecho Canónico de esta Universidad. Los maestros de esta Facultad defienden el valor real que constituye el Derecho Canónico en la Iglesia, comunidad de fe, de esperanza y de caridad, pero también sociedad organizada en esta tierra, que, al servicio de la fe y de la caridad, debe ser, como toda sociedad humana, gobernada por un derecho. Estos mismos maestros han contribuido en gran medida al desarrollo de la ciencia canónica por medio de los trabajos que han publicado, en particular en la excelente Revista **Ius Canonicum**, dirigida por el Profesor Pedro Lombardía. Me felicito de poder colaborar con él —como por otra parte con otros miembros eminentes del Opus Dei— en el seno de la Comisión Pontificia para la reforma del Derecho Canónico. Estoy dichoso de poder en lo sucesivo unir mis esfuerzos a los de los maestros de esta Facultad para la realización de nuestro común ideal: buscar la verdad, servir al justo, acercar a los hombres y edificar así un mundo mejor. (Traducido del francés).

**Palabras pronunciadas por el Padrino
Dr. D. Antonio Fontán, Decano de la
Facultad de Filosofía y Letras, en el
elogio del Graduando Dr. Ralph M. Hower.**

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

La incorporación a nuestro Claustro de doctores del profesor Ralph M. Hower no es simplemente el homenaje que nuestra Universidad rinde a la dilatada y fecunda carrera académica de este ejemplar estudioso norteamericano. La significación de este grado

no se limita tampoco a ofrecer al profesor Hower, y en él a toda la Facultad de la Escuela de Administración de Empresas de Harvard, el testimonio de nuestra gratitud por la fraternal simpatía y asistencia que desde años ya Ralph M. Hower y sus colegas muestran a nuestro Instituto de Estudios Superiores de la Empresa de Barcelona.

El historial universitario y científico de Ralph M. Hower y el hecho de que queramos recibirle en el seno de la Facultad más estrictamente humanística de nuestra Universidad, otorgan a esta promoción doctoral plenitud de sentido para todos los intelectuales que buscan una verdadera integración de la ciencia moderna y de las técnicas que de ella se derivan, con el cultivo de los auténticos valores humanos en sus dos dimensiones personal y comunitaria, que caracterizan a la inquietud espiritual de nuestra época.

El profesor Hower empezó su carrera estudiando economía en la Universidad de Kansas. Recién graduado, una de las famosas Rhodes Scholarships, que tantos jóvenes valores norteamericanos han traído al viejo solar académico de Oxford, le permitió atravesar por primera vez el Atlántico. Pero en Oxford, el economista Hower se dedicó, durante tres años, al estudio de la historia moderna. Sobre esta doble base de una preparación científica de economista y de historiador, Hower empezaría la segunda etapa de su vida académica, primero en Kansas y después en Harvard como historiador de la economía.

Ya en Harvard, en una de las épocas doradas de esta Universidad americana, que a lo largo de los últimos cuarenta años ha conquistado tantas nuevas provincias para las ciencias humanas y sociales, Ralph M. Hower unió sus esfuerzos a los de otros estudiosos en el empeño de incorporar, con un tratamiento científico, a la historia de la cultura la de las actividades e influencia de los empresarios y de las empresas modernas en el desarrollo de la sociedad. El profesor Hower pudo así contribuir decisivamente a un ensanchamiento del tradicional ámbito de las Humanidades, integrando en ellas la comprensión de uno de los fenómenos más característicos de la sociedad contemporánea: el de la empresa moderna y del nuevo tipo humano de los «managers».

Al término de la segunda guerra mundial, Ralph M. Hower, que había alcanzado en estos años militares el grado de coronel y había servido en el ejército americano en Europa, se une a los profesores de la Business School de Harvard, para dar principio a la tercera y definitiva etapa de su brillante historia académica. Hower vuelve a ser un explorador de disciplinas nuevas en el cada vez más ancho territorio de las ciencias humanas. Se ocupa de las Relaciones Humanas y de lo que los americanos de su escuela han llamado Organizational Behavior.

Es este profesor Hower, el humanista moderno, que había sido puro economista y escrupuloso historiador, y que ahora integra las técnicas científicas y la experiencia personal de treinta años de estudio en el nuevo saber comunitario y proyectivo de la organiza-

ción de las empresas y de sus elementos humanos, el que encuentran nuestros colegas del IESE desde el principio mismo de las actividades del Instituto de Barcelona.

El doctor Hower ha sido profesor visitante en Barcelona en dos ocasiones distintas, ha asumido en esa Facultad de nuestra Universidad las responsabilidades de miembro del Comité Asesor del Programa Master. Y, en todo momento, en su Universidad de Harvard, en Barcelona entre nuestros compañeros del IESE, y en las diversas actividades internacionales de las ciencias de la empresa en donde han coincidido los profesores de Navarra y los de Harvard, Ralph M. Hower ha sido siempre el amigo leal, el colaborador inteligente, el compañero entrañablemente querido y admirado para todos los hombres de nuestra Universidad que han tenido el honor de conocerle y tratarle.

DISCURSO DEL DR. RALPH HOWER

Excelentísimo Señor Gran Canciller, Excelentísimos señores, Ilustre Claustro de la Universidad, señoras y señores:

Estoy profundamente conmovido por el grado que me acaban de conferir. Es un gran honor, una distinción que, en mi opinión, no la he ganado. Me apresuro a añadir, sin embargo, que efectivamente me agrada que Vds. me hayan considerado favorablemente; a todos, señores profesores del Claustro de la Universidad de Navarra, doy mis más expresivas gracias.

Mis sentimientos de incomodidad por haber sido honrado por mis méritos, están mitigados, sin embargo, por la creencia de que al conferirme este grado se está, en efecto, simbolizando algo más importante que las modestas realizaciones de una sola persona.

En primer lugar, están Vds. reconociendo la inusitada relación que se ha desarrollado entre los miembros de la Facultad de la «Graduate School of Business Administration», de la Universidad de Harvard, y la Facultad del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa de esta Universidad. Es una fuerte y activa colaboración que nosotros, por nuestra parte, hemos considerado al mismo tiempo fructífera y remuneradora. Y yo confío en que esta feliz colaboración continuará siendo mutuamente ventajosa por muchos años.

En segundo lugar, pienso, están Vds. confirmando hoy una decisión tomada hace unos diez años: la de que los estudios empresariales tienen un legítimo puesto en el «currículum» universitario y que la preparación de hombres —y mujeres— en la profesión empresarial constituye una de las responsabilidades de la Universidad moderna.

Al establecer el IESE la Universidad de Navarra partió, como otras veces, de los tradicionales modelos de las instituciones educacionales en España y en otros países de Europa, en orden, pienso yo, de cumplimentar mejor las necesidades de la moderna sociedad por parte de esta Universidad. Las más antiguas Universidades euro-

peas se han mostrado reacias a añadir los estudios de empresariado a su currícula. Las tradiciones de la Universidad medieval —y quizás la presión de las clases más altas— han contribuido fuertemente a ello. Los acontecimientos están demostrando que han descuidado sus responsabilidades y perdido grandes oportunidades para abarcar nuevos y significativos campos de la enseñanza.

Al establecer el IESE, las autoridades académicas de la Universidad de Navarra, han mostrado imaginación, valor y sentido de los tiempos. Ha constituido un esfuerzo pionero en Europa y una respuesta realista a la naturaleza de la sociedad contemporánea. Para ella ha sido evidente que las amplias y complejas organizaciones constituyen una invención social que es, y seguirá siendo durante mucho tiempo, parte integral de nuestra vida diaria. Sin ellas nada podemos hacer, pero está también claro que tenemos mucho que aprender para administrarlas bien. Y habida cuenta que el efectivo funcionamiento de tales instituciones está íntimamente ligado al bienestar del resto de la sociedad, la preparación del pueblo para que las gobierne ha llegado a ser también importante como para no dejarla al capricho de la suerte.

Es esencial reconocer que la necesidad de una gestión competente no está confinada a las empresas comerciales e industriales. Gracias a los adelantos de la ciencia y de la tecnología, y al rápido crecimiento de la población, estamos en la actualidad —todos— obligados a trabajar y gastar una gran parte de nuestros días en organizar muchas cosas: escuelas, universidades, departamentos gubernamentales, hospitales, unidades militares, organizaciones religiosas, asociaciones profesionales, y otras muchas. Todas ellas han crecido notablemente en tamaño. Todas han sido grandemente influenciadas por los procesos de especialización, complicación y cambios continuos que se experimentan en nuestro alrededor. Todas requieren gobierno —liderazgo, sí Vds. prefieren el término— pero liderazgo basado sobre todo en un conocimiento especializado, un gran conocimiento práctico, una preparada responsabilidad para con la comunidad así como una organización particular, y una comisión para hacer esta difícil labor bien.

Ha habido y probablemente siempre habrá hombres que, bien por herencia biológica o por temprana formación, han sabido por ellos mismos realizar la misión administrativa francamente bien. Pero tales hombres son raros. Hoy en día el abastecimiento de competentes empresarios es angustiosamente corto y la demanda cada vez mayor. El creciente tamaño y complejidad de las modernas organizaciones, junto con la creciente orientación tecnológica de sus actividades, exige tanto a los empresarios que incluso los más capaces «amateurs» no pueden satisfacer. Debemos incrementar el abastecimiento de gente capaz para este cometido, y debemos procurar disminuir el tiempo necesario para hacerles adquirir la educación y las experiencias requeridas a fin de acrecentar su competencia profesional.

Esta Universidad y el IESE han demostrado plenamente su esti-

maclón de estos desarrollos, y los logros del IESE desde su fundación han sido notables. Su influencia es ya evidente en España y está comenzando a dar su contribución en otros países. Quienes procedentes de Harvard hemos tenido el privilegio de ayudar al IESE hemos quedado impresionados por la claridad de propósitos y dedicación manifestados por esta Facultad, tanto así que hemos encontrado una genuina excitación intelectual en el proceso y un vivo deseo de ayudar. Por las continuas satisfacciones de esta colaboración, así como por el honor que hoy se me hace, siempre les estaré agradecido. (Traducido del inglés)

**Palabras pronunciadas por el Padrino
Dr. D. Antonio Fontán, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, en elogio del Graduando Dr. Otto B. Roegele.**

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

Los quince años de buena, leal y recíproca amistad que me unen con el profesor Otto Bernard Roegele justifican la entrañable emoción con que asumo el honor de elogiar su persona y su obra en la solemne ceremonia de su incorporación al Claustro de Doctores de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Yo conocí al doctor Roegele en España, en uno de esos frecuentes viajes suyos que tanto le han familiarizado con los hombres, las realidades y los problemas de nuestra patria. Una constante relación personal, prácticamente ininterrumpida desde entonces, innumerables conversaciones en muy diversos lugares de Europa e incluso una directa colaboración personal en empresas comunes me han permitido conocerle bien y decir ahora, con la autoridad del testimonio directo y la experiencia personal, algunos de los muchos motivos por los que este acto con que le honramos a él, honra también a la Universidad de Navarra.

El profesor Roegele es un alemán del Sur, de la Germania Romana, lo cual concuerda muy bien con su profunda vocación científica y humana de alemán universal. Nacido en Heidelberg, la bella ciudad palatina y universitaria que se extiende a orillas del Neckar y al pie del Königstuhl, educado en el Gymnasium humanístico de Bruchsal, recorrió después en sus años de estudiante universitario, como es tan frecuente en Alemania, las Universidades de Munich, Heidelberg, Erlangen y Estrasburgo. Estas anécdotas biográficas tienen importancia para comprender el signo posterior de sus trabajos científicos y de sus publicaciones. Como también el hecho de que cursara estudios de modo prácticamente simultáneo en las Facultades de Medicina e Historia hasta doctorarse en ambas el año 1945, último de la Segunda Guerra Mundial.

Otto Bernard Roegele, en su primera juventud, en los difíciles tiempos del nazismo y de la guerra y de los principios de la postguerra, vivió en una encrucijada de la cultura germánica y de la tradición romana, y luchó en el seno de los movimientos juveniles ca-

tólicos opuestos al nazismo, y estudió, y aún practicó una ciencia tan cercana al hombre individual como la Medicina, en la escuela de Victor von Weizsäcker, y otra disciplina muy diversa —la Historia— cuya atención se centra en la dimensión social y en el despliegue temporal del mismo hombre. También —y de análoga manera, simultánea y complementaria—, desde sus primeras publicaciones el doctor Roegele se interesaba al mismo tiempo por lo próximo y por lo general: sus trabajos de erudición histórica versan sobre personajes y ciudades del territorio de Baden, y sus libros de ensayo y pensamiento sobre problemas universales y europeos —Herencia y Responsabilidad, el Mensaje de Virgilio, Iglesia y Política, La Unidad de Europa—.

Director —y editor después— del Rheinischer Merkur durante casi veinte años, el profesor Roegele ha sido el principal promotor del prestigio y de la influencia pública de este semanario político cultural —uno de los más importantes de Alemania—, heredero espiritual del gran publicista católico alemán del siglo XIX Joseph Görres. Igual que Görres, Roegele ha sido fiel a los valores inmutables de la tradición cristiana y constantemente renovador y progresivo, al hilo de las exigencias nuevas también de cada día. La evolución intelectual y política del Rheinischer Merkur de Roegele, en donde han encontrado campo de trabajo común los escritores más constructivos de las diversas familias espirituales alemanas de hoy, es, me atrevería a decir, paralela a la evolución de su director, siempre alerta a los signos de los tiempos y al soplo del espíritu. Lo cual tuvo una excelente oportunidad para manifestarse al público con ocasión del reciente Concilio Vaticano II, del que Roegele ha sido uno de los más brillantes comentaristas e intérpretes, en los aspectos sociológico e histórico.

El doctor Roegele, sociólogo e historiador, ha encontrado en la Universidad de Munich, como profesor Ordinario de Zeitungswissenschaft y Director del Instituto de Investigación de estas disciplinas, el lugar más adecuado para la proyección de su rica personalidad: lo cual se vierte cada día en la apertura de nuevas líneas de trabajo sociológicas e históricas cuyos resultados esclarecen la relación mutua de magnitudes tan importantes en la sociedad moderna como la opinión pública, la prensa y el curso de la vida política.

El profesor Roegele ha colaborado ya en diversas ocasiones y de un modo más importante de lo que él mismo tal vez piense con el Instituto de Periodismo de nuestra Universidad y con toda la Universidad de Navarra: ha sido profesor en nuestros cursos, nos ha aportado el consejo de su experiencia y de su talento, ha dado a conocer lo que aquí se hace —y el espíritu que nos anima— a mucha gente. Al incorporarle a nuestro Claustro de doctores tributamos el homenaje de nuestro reconocimiento a su amistad. Pero también —como él debe suponer— queremos obligarle todavía más si cabe a trabajar a nuestro lado.

DISCURSO DEL DR. OTTO B. ROEGELE

Excmo. señor Gran Canciller de la Universidad de Navarra.

Magnífico señor Rector, distinguidos colegas, señoras y señores:

En febrero de este año me visitó, en Bonn, el decano de la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad, mi querido amigo y colega Antonio Fontán. Me trajo la noticia de que se me pensaba conceder el doctorado «honoris causa». Desde el primer momento vi con claridad que, esta alta distinción, no correspondía tanto a mi persona, como a la rama de saber que yo represento en investigación y enseñanza, en la Universidad de Munich; correspondía, antes bien, a toda la Ciencia Periodística y a la Publicística alemanas, a su papel de protagonista —a comienzos de siglo—, a su laboriosidad, su rendimiento y su irradiación a otros países, entre los cuales, España no fue de los últimos.

Por ello les pido que entiendan mis sentimientos no como una falsa humildad, como expresión de una modesta autocrítica, si doy las gracias más sinceras en nombre propio, y, sobre todo, en el del Periodismo alemán. Al mismo tiempo, constato con gran alegría, que el honor que me supone estar hoy aquí, puede considerarse como un símbolo de la estrecha unión, profesional y personal, existente entre el Instituto de Periodismo de Pamplona y los Institutos universitarios de Periodismo de la República Federal Alemana.

Documenta esta unión, desde el punto de vista de las publicaciones, el hecho de que, hace pocas semanas, apareciera en español, un estudio sobre la obra de Otto Groth, realizado por el colega Angel Faus Belau.

La actuación académica sobre el fenómeno de la «Prensa», se inició en Alemania hace más de cinco décadas. Hombres como Karl Bücher, Otto Groth y Karl d'Ester, han investigado la historia y el presente de la Prensa, la han descrito con precisión científica y, de este modo, han conseguido una visión sistemática sobre el vasto campo de la situación total, sobre sus formas y tipos. A esta disciplina la denominaron «Ciencia Periodística» porque desde su situación histórica, ellos consideraron, con todo derecho, el desarrollo del Periódico —de las primeras hojas informativas impresas, a la moderna prensa de masas—, como una unidad, como un avance continuo en la misma dirección. Dicho avance alcanza su punto culminante con el actual Periódico moderno que aparece, donde y cuando es posible, a distintas horas del día. Lo anterior al periódico diario, aparece en esta sistemática, como una preforma, un peldaño para lo que debía de llegar a ser. Es significativo que, Otto Groth, describa la Revista, aun cuando sea históricamente, como más antigua que el Periódico, con las categorías para ella elaboradas; y la define, señalando sus diferencias con aquél.

Cuando la Radio triunfa, más tarde, se pone de manifiesto la limitación de una búsqueda dirigida a un solo aspecto. Los medios electrónicos no se ajustaban a dicha evolución de la Prensa. Ha-

bían surgido de otras concepciones y obedecían a leyes propias. Sin embargo, se pueden constatar algunas coincidencias, uniones y relaciones; la Radio y la Televisión obligaron a la Ciencia Periodística a reflexionar e indagar más allá de los fenómenos visibles ordenados y registrados con tanta minuciosidad; a investigar los antecedentes humanos y sociales sobre los que descansaban los nuevos medios, sus manifestaciones y actuaciones.

De este modo, tras la Segunda Guerra Mundial, tuvo lugar un intercambio entre esta Ciencia y la Sociología, la Antropología, la Psicología y la investigación de los Medios de Comunicación; es decir, intercambio con disciplinas que habían crecido en los países anglosajones y que habían preparado una gran cantidad de material teórico.

Este proceso de adaptación no se ha cerrado todavía. Pero ha llegado tan lejos, que hoy en día el Periodismo alemán es conocido en todas partes como «Ciencia de la Comunicación Social sobre temas actuales»; ciencia que no se contenta con estudiar las manifestaciones externas de un proceso de comunicación, sino que intenta, sobre todo, investigar el proceso mismo, el diálogo de la Sociedad consigo misma y las leyes que lo rigen. En esta tarea sobrepasa el Periódico para integrar en su consideración todos los Medios de Comunicación. Sin embargo, en lo referente al análisis empírico, no ha sido tan fértil como la ciencia americana de la comunicación; pero siente de un modo más profundo que aquella que, en su tradición, hay necesidades que echan raíces en un trabajo teórico, dirigido a la síntesis, hacia el descubrimiento de afinidades y de leyes generales.

Hasta hoy, y por lo que concierne a la ciencia alemana, está sin resolver su relación con la práctica del Periodismo y la formación de periodistas. En seis Universidades de la República Federal está representada nuestra ciencia por una cátedra y un Instituto, sin que ello suponga más que una modesta contribución para la formación de los futuros periodistas en Prensa, Radio y Televisión. Por ello dirigimos la vista a Pamplona, con admiración, donde el cimiento de la Ciencia Periodística de la Comunicación, está plenamente asentada junto a los programas de formación de periodistas con resultados bien notorios.

En nuestro país se intentará, por primera vez, establecer un centro de formación que una estrechamente la teoría y la práctica en la nueva «Hochschule für Fernsehen und Film» (Escuela Superior de Televisión y Cine). Con ella se cumplirá, en un programa de tres cursos de duración, la formación de la juventud, que lo desee, en la Ciencia de la Comunicación Social, como debe ser, en teoría y práctica, tanto para Televisión como para Cine.

Estas son algunas de las diferencias entre España y Alemania, en cuanto al estudio y la organización profesional. Y quizá sean estas diferencias, en su mayor parte justificadas, las que nos muevan a un recíproco reflexionar sobre las posibilidades de mejora ante el problema que tenemos planteado; a conocernos mejor, a

convertirnos en críticos de nuestros propios sistemas, al mismo tiempo que permanecemos abiertos frente a las experiencias y hallazgos de los demás.

Profundamente conmovido por el acontecimiento de hoy, regreso a mi país con el propósito de poner todo cuanto esté al alcance de mis fuerzas, en la construcción de una colaboración mayor de cara al futuro. Por ello daré a conocer lo antes posible la alta distinción que hoy se nos hace a mí y a los científicos alemanes. (Traducido del alemán)

**Palabras pronunciadas por el Padrino
Dr. D. Julio Rodríguez Decano de la Facultad de Ciencias, en elogio del Graduando Dr. Jean Roche.**

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

En el transcurso del quehacer académico diario, surgen acontecimientos singulares que marcan vigorosos jalones en la historia de la Universidad. Hoy nos encontramos ante uno de ellos, en este acto solemne y jubiloso que, como Gran Canciller, os habéis dignado presidir.

Me ha correspondido la honrosa misión de representar a la Facultad de Ciencias, para renovar, con la solemnidad requerida por acrisoladas tradiciones universitarias, la petición del grado de Doctor **honoris causa** para el Excmo. Prof. Jean Roche, bioquímico insigne y actual Rector de la Universidad de París. Cumplo este agradable deber con gozosa emoción, y trataré de formular su elogio en muy breves palabras.

Doctor en Medicina (en 1925) y luego en Ciencias, el Prof. Roche trabajó en las Universidades de Estrasburgo, Lyon y Marsella. En esta última, fue designado en 1936 titular de la Cátedra de Química biológica de las Facultades de Medicina y Farmacia. Desde 1947 se encuentra ya en París, como Profesor del Collège de France y en 1961 es llamado para ocupar el cargo de Rector de l'Academie de Paris, tomando sobre sus hombros la grave responsabilidad de regir esa antiquísima y por tantos títulos gloriosa Universidad, hoy día enfrentada con las dificultades inherentes a la masiva afluencia de alumnos y las complejas exigencias de la docencia actual; puesto que desempeña con serena prudencia y constante acierto.

Su actividad investigadora, siempre dentro de la Bioquímica, ha sido incesante durante más de 40 años de trabajo, y ha dado origen a un número excepcionalmente crecido de publicaciones, que es del orden de los cuatro centenares. Su interés se ha dirigido hacia la Bioquímica General de Proteínas, con particular atención a las hemoglobinas y otros pigmentos respiratorios; estudios sobre enzimas, con preferencia sobre las fosfatasas y su relación con la osificación; la bioquímica del iodo y del tiroides, campo en el que ha descubierto tres nuevas hormonas tiroideas y datos muy relevantes sobre su metabolismo y modo de acción; por último, diversos problemas

muy ilustrativos dentro del cuadro general de la Bioquímica comparada, de gran interés filogenético.

Su función de magisterio se ha ejercido de un modo especial sobre una pléyade de colaboradores que procedentes de diferentes lugares del mundo han acudido a recibir de él Ciencia, Métodos y ese calor humano que tanto se aprecia en toda labor de equipo. Hoy se les encuentra, como Profesores universitarios e investigadores de renombre, repartidos por diversos centros de trabajo.

La talla intelectual y la importancia de la labor del Prof. Roche, no precisan ser argumentadas. Muchas Academias y Sociedades científicas de Francia y de diversos países se han sentido muy honradas de recibirle en su seno, le han premiado con preciados galardones y le han hecho objeto de significativas distinciones académicas. Y nueve Universidades le han llamado para incorporarle a su claustro académico como doctor honoris causa.

La vigorosa personalidad científica del Prof. Roche se acompaña de relevantes cualidades humanas, entre las cuales sólo deseo subrayar aquí su sencillez, lealtad y nobleza, su capacidad de amistad. Fue precisamente la amistad que le unía a nuestro inolvidable Rector, Prof. Albareda, la que le llevó a tener noticia de la Universidad de Navarra. Y desde entonces, ha dispensado siempre a esta Universidad su simpatía y un afecto probado en actuaciones concretas.

La Facultad de Ciencias se sentirá gozosa de acoger al Prof. Roche entre sus doctores. Con ello desea rendir merecido homenaje a su preclara figura, enriquecerse con su saber y hacer más fuerte y viva una colaboración que ha de dar con certeza abundancia de fruto. Al propio tiempo, este doctorado honoris causa implica un vínculo cordial que se establece entre nuestra joven Universidad y aquella que al integrar las Escuelas de los márgenes del Sena en un Estudio General, fue la primera de esta institución clave de la cultura occidental.

DISCURSO DEL DR. JEAN ROCHE

Monseñor Gran Canciller de la Universidad de Navarra, señores profesores, señoras, señores:

Antes de nada séame permitido agradecer a la Universidad de Navarra por haberme llamado para ser uno de los suyos, al conferirme el insigne honor de un Doctorado «*honoris causa*». La benevolente amistad de su llorado Rector, el sabio Prof. José María Albareda, una apreciación demasiado elogiosa de mi carrera de hombre de ciencia y las funciones que yo ocupó en la Sorbona y en el Colegio de Francia, han determinado, sin duda, la elección de mis colegas de Pamplona. La distinción que me ha sido otorgada sobrepasa mis verdaderos méritos y por ello debo traspassarla a la ciencia y a las instituciones que yo sirvo.

La bioquímica es una de las ciencias biológicas convertida autónoma en el curso de los cincuenta últimos años, y yo he contribuido

lo mejor que he podido a su evolución, gracias a sucesivos equipos de colaboradores sin los cuales mi trabajo de investigación habría sido estéril. No he hecho más que cumplir con mi deber para con las instituciones a las que he pertenecido, animado con la preocupación de formar alumnos para que a su vez se conviertan en investigadores, en jefes de equipo y en maestros.

No creo por tanto que soy acogido entre Vds. solamente como hombre de ciencia, por muy profunda que sea vuestra certeza de la universalidad del saber y de la importancia, siempre creciente, de los intercambios internacionales para asegurar su rápida difusión. Las Universidades de nuestros dos países están asociadas en una comunidad espiritual que ha sabido desafiar las querellas de los hombres en el transcurso de los siglos y no puedo evitar pensar que habéis querido honrar al Rector de la Sorbona al mismo tiempo que al bioquímico.

Si ello es así, permitidme extender la expresión de mi gratitud al terreno de los lazos que unen las Universidades de España y de Francia. Ya sean antiguas o de reciente creación en nuestros dos países, todas participan en una misma función, por medio de la cual aseguran la educación de estudiantes, la formación de investigadores y el desarrollo de la investigación, y juegan un papel social de primer orden. Navarra, que ha dado a mi país el más amado, el más generoso y el más valiente de sus reyes, Enrique IV, y en la misma línea la más encantadora poetisa de nuestro Renacimiento, ha sabido crear en Pamplona una Universidad cuyo rápido desarrollo asegura su renombre. Permitidme unir los votos de la vieja casa parisina hacia la cual habéis extendido una mano fraternal, a los que yo hago por la prosperidad de vuestra Universidad, ante la que se abre el brillante porvenir preparado por quienes la animan desde su fundación. (Traducido del francés)

**Palabras pronunciadas por el Padrino
Dr. D. Julio Rodríguez, Decano de la
Facultad de Ciencias, en elogio del
Graduando Dr. D. Carlos Jiménez Díaz.**

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

Al hacer presente ante el Claustro de profesores, presidido por V. E., la propuesta como Doctor honoris causa de nuestra Universidad del inolvidable maestro de la Medicina Española Excmo. Sr. D. Carlos Jiménez Díaz, siento una honda emoción. Emoción compartida con sentimientos de legítima satisfacción al tener que reflejar en breves comentarios una vida tan llena de éxitos merecidos, como de deberes felizmente cumplidos.

Estas íntimas consideraciones tienen múltiples facetas, cuyo recuerdo es motivo de especial agradecimiento. El Prof. Jiménez Díaz fue, además de una figura señera en el cultivo de las Ciencias en su proyección más universal, un espíritu magnánimo, un alma grande. Esta grandeza de espíritu le permitía comprender y estimu-

lar, desde sus mismos principios, todas las nobles empresas dedicadas a la búsqueda de la verdad. Por ello, desde el primer momento, supo captar la hondura y el alcance de la labor que se proponía la Universidad de Navarra e inauguró la Presidencia de la Asociación de Amigos de esta Universidad.

En la jerarquía de valores de su vigorosa personalidad universitaria se debe destacar tanto la profundidad de sus propias convicciones científicas como su ejemplar y constante magisterio. Posiblemente, en la entraña de su espíritu creador, ambas vertientes no sólo se confundían, sino que se potenciaban para dejar la huella inconfundible de los que nacieron para ser pioneros.

El forjó en nuestro país, al que tanto amó, la Medicina Científica incorporando a través de su personalidad, por otro lado tan española, las doctrinas de los patólogos centroeuropeos y la inquietud anglosajona por las ciencias experimentales. Este tránsito histórico del arte clínico a la Medicina interna fue cumplido por el Prof. Jiménez Díaz con mentalidad netamente biológica, sin la menor condescendencia a lo que pudiera significar apartarse del método científico. Justamente por eso, el surco de su magisterio es hondo, al no permitir que se confundiese la estricta observación con la mera consideración imaginativa.

Cultivó con apasionado tesón muy diversos campos de la Patología: Desde su primera publicación en 1920 sobre la autointoxicación intestinal hasta su última de carácter póstumo sobre el concepto de la enfermedad alérgica. El número de libros, artículos, ponencias, etc., se eleva a varios centenares, cuya enumeración considero innecesaria; pero sí que me interesa destacar un sello muy singular de sus investigaciones: su extraordinaria cultura en las ciencias naturales. Sirvan de ejemplo sus estudios de botánica para penetrar en el conocimiento de las enfermedades alérgicas, sus conocimientos zoológicos en la anatomía comparada del riñón y su capacidad para describir con precisión las entidades nosológicas en sus «Lecciones de Patología Médica». Y aún más importancia tiene en esta línea el énfasis que D. Carlos supo imprimir a la consideración bioquímica de la alteración morbosa.

De toda su ingente labor de investigación supo atesorar múltiples hallazgos: unos de índole puramente anatomoclínica, otros de estricta bioquímica y finalmente también etiológicos. Esta labor fue llevada con especial categoría humana, ocupando desde los 25 años puestos de extraordinaria responsabilidad: catedrático de Patología y Clínica Médicas de Sevilla primero, después de Madrid; médico del Hospital General; Académico de la Real de Medicina; Consejero del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Presidente de múltiples sociedades nacionales y de las internacionales de Medicina interna y Alergia. Fue condecorado con múltiples grandes cruces nacionales y extranjeras, entre ellas la medalla de oro que en recuerdo al Prof. Sahli otorga de modo excepcional la Universidad de Berna.

Finalmente, en esta sumaria enumeración de méritos merece especialísima consideración la Fundación Jiménez Díaz. En ella, con los más meritorios de sus discípulos, logró dar un paso de trascendental influencia para el desarrollo de los centros hospitalarios y sus posibilidades docentes.

Si bien no podemos contemplarle personalmente, su figura histórica permanece junto a nosotros. Por ello y en honor a tan merecidas virtudes humanas y científicas, hago con toda sencillez, como a él le hubiera gustado, la propuesta ante V. E. del máximo galardón que puede ofrecer una Universidad: el nombramiento del Excmo. Sr. D. Carlos Jiménez Díaz como Doctor honoris causa de la Facultad de Ciencias.

Discurso del Gran Canciller, Excmo. y Rvdmo. Mons. D. Josemaría Escrivá de Balaguer.

Excelentísimos Señores,
Dignísimas Autoridades,
Ilustre Claustro de esta Universidad,
Señoras y Señores:

«Luminosa e inmarcesible es la Sabiduría; fácil es de contemplar para quienes la aman y de descubrir por aquellos que la buscan» (Sap. VI, 13). Estas inspiradas palabras, que leemos en la Sagrada Escritura, brillan con todo el sentido de su perenne actualidad, en la hora gozosa que vive hoy la Universidad de Navarra.

Nos hemos reunido en solemne sesión para recibir en el Claustro de Doctores a unos Maestros de otras ilustres Universidades, que desde ahora son también parte integrante de nuestra Universidad. En vosotros, Excelentísimos Señores, vemos hecho realidad el ideal humano que suscita el elogio de la Sabiduría divina. Sois unos preclaros cultivadores del Saber, enamorados de la Verdad, que buscáis con afán para sentir luego la desinteresada felicidad de contemplarla. Sois, en verdad, servidores nobilísimos de la Ciencia, porque dedicáis vuestras vidas a la prodigiosa aventura de desentrañar sus riquezas, pero además la tradición cultural del Cristianismo, que transmite a vuestras tareas plenitud humana, os empuja a comunicar después esas riquezas a los estudiantes, con abierta generosidad, en la alegre labor del magisterio, que es forja de hombres, mediante la elevación de su espíritu.

Hemos escuchado todos con la mayor complacencia la alabanza académica de los nuevos Doctores, la relación de los méritos que proclaman cuánta justicia hay en esta distinción que la Universidad de Navarra se honra en otorgarles. Pero quisiera todavía decir unas palabras, que expresaran la sincera admiración y el aprecio que esta Universidad les profesa y el afecto cordial que yo mismo personalmente siento por cada uno de ellos. Concededme, pues, Señores, vuestra atención durante unos momentos.

En el Profesor Jean Roche se realiza armoniosamente esa sín-

tesis feliz del hombre de ciencia y del maestro, a la que acabo de aludir. Su fama universal, por sus investigaciones en el campo de la Bioquímica, le ha ganado esa impresionante sucesión de **Doctores honoris causa** por muchas Universidades de Europa y de América, a la que viene a sumarse hoy el que acaba de serle conferido. Pero quizá más valor tiene todavía esa otra serie de antiguos discípulos y de colaboradores, que ocupan cátedras en tantas Facultades de Francia, y de otros países de cuatro continentes, y que son la más elocuente prueba de la eficacia de un profesor. A la vez que al Rector de la Sorbona, la joven Universidad de Navarra quiere honrar también a su hermano mayor, ese gran **Studium Generale** que desde hace muchos siglos es en París una antorcha encendida, que ilumina con su resplandor los dilatados horizontes de nuestra cultura occidental.

De la venerable Universidad de Coimbra, depositaria fiel de las más genuinas tradiciones académicas, procede otro de nuestros Doctores: su antiguo Rector y uno de los más eminentes maestros de su Claustro, el Profesor Guillermo Braga da Cruz. Historiador del Derecho lusitano y continuador de una brillante escuela científica, el Profesor Braga da Cruz ha puesto siempre con desinterés sus talentos de jurista al servicio de la comunidad. Al honrarle hoy, la Universidad de Navarra tiene muy presentes sus investigaciones en el campo de la Historia jurídica, pero no puede olvidar otros notables merecimientos: en el Profesor Braga da Cruz vemos igualmente al universitario ejemplar que ha sabido preocuparse noblemente por el bien superior de sus conciudadanos y servir con abnegación los grandes intereses de su pueblo, tan querido por nosotros, lo mismo al defenderlos ante el Tribunal internacional de La Haya, que en la ardua empresa de elaboración del nuevo Código Civil Portugués, a la que ha contribuido decisivamente con estudios históricos y doctrinales, rigurosos y profundos como todos los suyos.

Un maestro de la Ciencia Canónica, un ilustre Profesor y Decano de la preclara Universidad de Lovaina, se acaba de incorporar asimismo a nuestro Claustro de Doctores: Monseñor Guillermo Onclin. Todos conocéis su relevante personalidad, acreditada por las más importantes publicaciones científicas de las que es autor y por su docencia en las Facultades lovanienses de ambos derechos. No puede, por tanto, sorprender que el Profesor Onclin haya sido uno de los juristas que más eficazmente ha contribuido a los trabajos del Concilio Vaticano II. Su historial universitario y su valiosa cooperación en las tareas conciliares han recibido el más solemne reconocimiento con su designación como Secretario de la Comisión Pontificia para la reforma del Código de Derecho Canónico, que está llamada a realizar una obra de histórica transcendencia en la renovada vida de la Iglesia de Cristo.

La Universidad tiene como su más alta misión el servicio a los hombres, el ser fermento de la sociedad en que vive: por eso debe investigar la verdad en todos los campos, desde la Teología, cien-

cia de la fe, llamada a considerar verdades siempre actuales, hasta las demás ciencias del espíritu y de la naturaleza.

Al evocar esta clara armonía del **arbor scientiae**, me resulta obligado, Señores, romper por un momento el hilo de mi discurso para expresar en este acto solemne toda mi gratitud al Excelentísimo Cabildo Catedral de Pamplona, por el acuerdo unánime de ceder los locales de las antiguas Cortes de Navarra para que pueda ser inmediata la apertura de los estudios en el Instituto Teológico de nuestra Universidad.

Cumplido este grato deber, volvamos nuestra mirada de nuevo al horizonte de la **Universitas scientiarum**, siempre dilatado más y más, para responder a las nuevas necesidades y exigencias de la realidad social.

Consciente de esta responsabilidad ineludible, la Universidad se abre ahora en todos los países a nuevos campos, hasta hace poco inéditos, incorpora a su acervo tradicional ciencias y enseñanzas profesionales de muy reciente origen y les imprime la coherencia y la dignidad intelectual, que son el signo perdurable del quehacer universitario. La Universidad de Navarra se ha esforzado siempre en dar respuesta positiva a tal imperativo de nuestro tiempo, y se honra hoy al acoger en su Claustro de Doctores a dos insignes maestros en estas modernas y actualísimas disciplinas, los Profesores Hower y Roegele.

El Profesor Ralph M. Hower es un destacado especialista en las Ciencias de la Empresa. Autor de libros y trabajos que le han valido renombre en todo el mundo, en sus estudios aflora siempre el interés por las relaciones humanas en el trabajo, en definitiva la preocupación por el hombre, factor primordial de las actividades económicas y sociales. Con el Profesor Hower y la Escuela de Administración de Empresas de la Universidad de Harvard, la Universidad de Navarra tiene además una deuda de gratitud, por la valiosa colaboración que han prestado a los Programas de nuestro Instituto de Estudios Superiores de la Empresa. Al honrar al Profesor Hower, rendimos también un homenaje a la gran Universidad de Harvard, de cuyo Claustro nuestro nuevo Doctor es miembro eminente y prestigioso.

Junto a las Ciencias de la Empresa, las de la Comunicación social, de tan decisiva influencia en el mundo contemporáneo, han conseguido merecidamente carta de ciudadanía universitaria. El Profesor Otto Bernard Roegele tiene una fuerte personalidad, como maestro y como profesional, en el campo de la Información pública. Dignísimo representante de la mejor tradición cultural centroeuropea, ejerce de modo directo el periodismo a la vez que desempeña su alto magisterio, como Profesor y Director del Instituto de Ciencia de la Información en la ilustre y fecunda Universidad de Munich. La Universidad de Navarra se siente profundamente complacida, al recibirle hoy en su Claustro de Doctores.

Y llega por fin el momento —para mí lleno de emoción—, de evocar la figura de don Carlos Jiménez Díaz, que habría de encon-

trarse ahora entre nosotros, si el Señor en su suprema Providencia no lo hubiera dispuesto de otro modo. Cuando el 18 de mayo pasado nos sorprendió dolorosamente el fallecimiento del Profesor Jiménez Díaz, había sido ya aprobada la petición unánime elevada por el Claustro de la Universidad de Navarra, solicitando que le fuera concedido el doctorado **honoris causa**. Y en verdad, ¿quién no reconocerá al punto la patente magnitud de sus merecimientos? El Profesor Jiménez Díaz ha sido una figura egregia de la Medicina española, un investigador, un clínico incomparable. Fue el creador de una gran institución médica. Pero fue, sobre todo, un universitario que se consagró con generosidad sin límites a la formación de sus discípulos. Por eso su mejor obra, la señal cierta de la fecundidad de su vocación de maestro, es la Escuela médica que deja tras de sí, una Escuela cuyos miembros ya son a su vez maestros de numerosas Facultades y de la Clínica españolas.

La Universidad de Navarra debe mucho al Profesor Jiménez Díaz, y es para mí una gran alegría tener ocasión de reconocerlo una vez más. Desde el principio comprendió la trascendencia de esta empresa educativa y científica, y con su experiencia y con su aliento, cooperó eficazmente a hacerla realidad. Fue el primer Presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, y hasta su muerte ha sido Presidente Honorario. El Doctorado **honoris causa**, que hoy se le confiere a título póstumo, y la lápida que honrará su memoria en la Facultad de Medicina, son el homenaje de admiración y de agradecimiento al científico ilustre, al hombre de bien, al amigo queridísimo.

Nada más ya, Excelentísimos Señores. Sirvan mis últimas palabras para expresar nuestro sentido y cordial reconocimiento. Al recibiros en su Claustro de Doctores, la Universidad de Navarra sabe bien en qué medida se enriquece, valora lo mucho que de vosotros recibe. El ejemplo de vuestras vidas, el estímulo de vuestros altos méritos, le servirán ahora de acicate para tender con renovado esfuerzo hacia metas cada vez más ambiciosas, tras las huellas de la Eterna Sabiduría, con noble afán de servicio a la Cultura, al progreso de las Ciencias, al bien supremo —cristiano— de todos los hombres.

Palabras del Rector en el homenaje a don Carlos Jiménez Díaz.

Quando iniciamos los pasos que habrían de conducirnos al solemne acto académico de esta mañana, no necesitamos de reflexión alguna para escoger el nombre del profesor español a quien proponer para el Doctorado **honoris causa**. Nos era a todos patente, por múltiples motivos, que debía ser D. Carlos. El cariño que siempre nos tuvo, fue mayor que la resistencia que oponía su modestia y aceptó esa posibilidad cuando se la expuso el Prof. Ortiz de Landáuzuri. Terminados los trámites correspondientes,

el Gran Canciller comunicó oficialmente la concesión, algún tiempo antes del fallecimiento de D. Carlos.

Nos hubiera llenado de alegría el haberle tenido hoy entre nosotros para rendirle en vida el homenaje de nuestra admiración y afecto. No ha podido ser así. Sin embargo, queda siempre vivo su espíritu y la lección magistral que nos ha dado con su vida. Además, nos acompaña el Rector de la Universidad de Madrid en la que él sirvió y también han querido estar entre nosotros, y la Universidad se lo agradece de un modo muy particular, una nutrida representación de la Fundación Jiménez Díaz, presididos por su Director el Prof. D. Eloy López García, institución que ha heredado la responsabilidad de continuar su obra científica y asistencial, a la que deseamos muy sinceramente los mayores éxitos.

Hace unos minutos, el Prof. D. Julio Rodríguez ha hecho un elogio, necesariamente breve, del Prof. Jiménez Díaz. También el Gran Canciller en su discurso ha dedicado muy sentidas frases a ensalzar su figura. Por ello, mis palabras se referían únicamente al significado de esta lápida conmemorativa que, por expreso deseo del Gran Canciller, que nos manifestó inmediatamente de recibir la noticia de la esposa de D. Carlos, quedará para siempre en estos edificios de la Facultad de Medicina.

El Dr. Jiménez Díaz profesó durante toda su vida un gran amor a la libertad en el noble culto de la Ciencia, entendido éste, como sólo es legítimo: como dedicación seria y creadora al quehacer científico, avalada por una metodología rigurosa y puesta al servicio de la Humanidad. Con esta visión abierta y generosa, era razonable que comprendiera perfectamente, desde sus comienzos, la creación de una Universidad que se inspiraba en esos mismos afanes.

Hace ahora unos diez años, cuando el Prof. Ortiz de Landázuri fue invitado a incorporarse a esta Facultad de Medicina, acudió a pedir consejo a su Maestro, exponiéndole lo que aquí se pretendía hacer. D. Carlos, sin dudarle un instante, con verdadero entusiasmo, le animó a aceptar la invitación y a luchar con todas sus fuerzas para hacer realidad en Pamplona un tipo de Facultad que él había siempre propugnado. Más tarde, al fundarse la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, acogió la idea con viva simpatía y aceptó la Presidencia de su Junta de Gobierno, con la ilusión de colaborar personalmente en la noble empresa de ayudar al desarrollo de esta **Alma Mater**.

Durante todos estos años, en Pamplona y en todas partes, en actos públicos y en conversaciones particulares, D. Carlos se ha mostrado verdaderamente Amigo de la Universidad de Navarra y de su Facultad de Medicina.

A esta condición de Amigo se une lo que ya todos conocéis: el haber sido un auténtico Maestro de la Medicina, de la Investigación biológica y de la actividad universitaria, en cuyo elevado servicio supo movilizar a la iniciativa privada, no sin encontrar a lo largo de su vida bastantes dificultades e incomprensiones, que supo

siempre superar con fino sentido del humor y con la tenacidad del noble apasionamiento. Esta función de ejemplar Magisterio se seguirá ejerciendo con su Memoria y con la vida misma de aquellos que fueron sus discípulos y ahora están entre nosotros. Su benéfica influencia se dejará sentir en los profesores y alumnos que acudan a estas aulas, que aprenderán así a seguir el camino por él trazado de dedicación generosa, rigor científico y cordialidad humana. Buen medio será para ellos las excelentes relaciones entre la Facultad y la Fundación por él creada, que tanto prestigio ya ha logrado, unidos ambos Centros por la misma razón de magisterio.

Como símbolo permanente de la presencia activa de D. Carlos entre nosotros, en perpetua memoria, quedará esta lápida que hoy descubrimos, cuyo texto sobrio, pero elocuente, dice así:

AL EXCMO. SR. D. CARLOS JIMENEZ DIAZ, DOCTOR «HONORIS CAUSA» Y PRIMER PRESIDENTE DE LA ASOCIACION DE AMIGOS DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA, CON ADMIRACION Y AGRADECIMIENTO, MONS. JOSEMARIA ESCRIBA DE BALAGUER, GRAN CANCELLER DE LA UNIVERSIDAD, EL CLAUSTRO Y LOS ALUMNOS DE SU FACULTAD DE MEDICINA (7 DE OCTUBRE DE 1967).

Este discurso fue pronunciado por el Rector de la Universidad, Dr. Ponz Piedrafita, en el acto de descubrimiento de la lápida en homenaje al Prof. D. Carlos Jiménez Díaz.